

EL ASESINO DE LA HOZ

Jorge Bucaran Mahoney

EL ASESINO DE LA HOZ



JORGE B. MAHONEY

Capítulo 1

PRÓLOGO

La cabeza de Dorian Bickart, un oscuro cerrajero sin oficio que solía estar metido en problemas de apuestas y peleas callejeras, dio un golpe seco contra el suelo y rodó dejando atrás un reguero de sangre a su paso.

—¿Cuál es su emergencia? —preguntó la voz del 911 al otro extremo de la línea.

—Un señor sin cabeza está sentado en la cocina de mi mamá —respondió una segunda voz de este lado, después de unos segundos.

—¿Cómo...? ¿Sin cabeza? ¿Y dices que este hombre está sentado en la cocina de tu mamá? —dudó la voz en la frecuencia de emergencia—. ¿Se encuentra ella bien?

—Ajá.

La asistente que cogió la llamada se dio cuenta de que se trataba de la voz de una niña que daba señales de estar muy atemorizada. Luego de analizar la voz y evaluar las repuestas de la niña, la operadora consideró la posibilidad de que la llamada pudiera tratarse de una situación de emergencia.

—Muy bien, pequeña. ¡Ahora necesito que pongas mucha atención! Trata de encontrar un lugar seguro dentro de la casa y quédate allí. Deja la línea abierta. Repito, no cuelgues el teléfono. Tu ubicación está siendo rastreada y la policía llegará en unos minutos.

I

El teniente Larry Archer se presentó temprano en la escena del crimen y, luego de sacar a relucir una placa dorada, saludó a los dos jóvenes agentes que vigilaban en la puerta. Más atrás, el detective Thomas Grybell hizo lo mismo y guardó la suya.

El oficial de menor estatura aprovechó una distracción para adelantarse y corrió un discreto seguro en el portón que daba acceso al porche de la vivienda.

—¡Adelante, detectives! —dijo.

—Muchachos, que nadie entre por este portón hasta que no terminemos de tomar las declaraciones de las víctimas. ¿Son aquellas personas que están siendo atendidas en la ambulancia? —preguntó Archer gesticulando con la cabeza hacia la unidad de auxilio médico que estaba estacionada en la calle.

—¡Si señor! La señora responde al apellido Anderson y su pequeña hija se encuentra con ella dentro del vehículo.

Minutos más tarde, luego del interrogatorio de rutina...

—Chicos, ¿podrían decirnos, al detective y a mí, si alguien más estuvo en la escena de los hechos? Quiero decir, ¿antes que nosotros?

—En lo absoluto, teniente Archer. Mi compañero, aquí presente, y yo fuimos los primeros en acudir aquí. Al parecer, la señora Anderson y su hija no pudieron dormir después de lo ocurrido, señor. Encontramos a ambas muy atemorizadas, permanecían de pie arrinconadas hacia aquella esquina de la cocina —explicó uno de los jóvenes oficiales.

—¿Alguien ha tocado o movido algo de lugar?

—Nuestras órdenes fueron claras, señor: «Mantener la puerta cerrada hasta tanto no llegue el departamento forense y dactiloscopia o los detectives encargados del caso».

—Excelente trabajo, oficiales.

El sonido de una puerta corrediza que cerró con fuerza en ese momento hizo que los detectives volvieran la mirada hacia la calle, justo frente a la casa de la señora Anderson. De una van color blanco, identificada con la imagen de una antena de broadcasting impresa por un costado, descendió una mujer de cabello oscuro, portando un micrófono en la mano. Más atrás iba seguida por dos técnicos que llevaban un equipo sofisticado de cámaras de filmación, juego de cables y un trípode.

—¡Oh! ¡Oh!, llegaron los buitres —bromeó uno de los oficiales.

—¿Perdón? —se excusó Larry.

—Los de la prensa, Teniente —corrigió su otro compañero.

—¡Rayos! ¿Cómo diablos se las arreglan para enterarse tan rápido? No me extrañaría que sean ellos quienes el día menos pensado nos abran la puerta y tengamos que rogar por un permiso para investigar la escena de un crimen —dijo el detective Archer—. Pues inventen cualquier excusa que se les ocurra, muchachos, pero asegúrense de mantener a esos buitres bien alejados del lugar, y que sea durante un largo rato.

—¡Entendido, teniente! —asintió el joven oficial haciendo un saludo marcial y dirigiendo luego una sonrisa cómplice a su compañero.

—Manos a la obra, señor Grybell —apuró Larry.

El detective Grybell fue el primero en pasar al interior de la vivienda. En seguida se dispuso a pasear la mirada por la sala. A pesar de la escasa iluminación que había dentro de la sala, no se apreciaba señales de que hubiera habido violencia en el interior de la casa. El detective advirtió que los muebles estaban en su lugar por lo que todo parecía estar en orden. La luz de la cocina permanecía apagada, pero un pequeño indicador led en la pared revelaba que allí se encontraba el interruptor. Tanteando en la pared, el señor Grybell al fin dio con el switch y encendió la luz.

—¡¡¡MIERDA, CARAJO!!! —gritó espantado debido a la dantesca escena que tenía frente a él—. ¡Oh no, por Dios...! Los músculos del cuerpo de Grybell se tensaron al punto de quedar paralizado por el pánico. De pronto su rostro se desencajó al advertir el torso sin cabeza de un hombre sentado a la mesa en la cocina de la señora Anderson.

«¿Acaso alguien nos está jugando una broma pesada?», se preguntó.

Pero no fue así, porque lo que Grybell estaba apreciando no era producto de su imaginación, sino real. En su mente orbitaron mil pensamientos al mismo tiempo, y creía estar escuchando gritos de desesperación que parecían venir de todos los rincones de la casa. Su instinto le ordenó entonces que diera un paso hacia atrás, sin embargo fue inútil, la pared se lo impedía.

«¡Mis piernas! ¿Qué... carajos? —balbuceó el señor Grybell—. ¡Oh Dios! Pero ¿qué rayos me sucede? ¡Ni siquiera alcanzo a mover los brazos!».

Se preguntaba en qué lugar se había metido Larry, por qué tardaba en llegar donde él se encontraba. Grybell creyó encontrarse de pronto atrapado en un cuerpo que no era el suyo, confinado en una piel de fuerza que no le pertenecía y que solo le dejaba mover los ojos. Por primera vez presenciaba la anatomía de un hombre decapitado. Grybell no fue capaz de entreabrir los labios para susurrar auxilio a su compañero, ni siquiera de hacer un mínimo de esfuerzo. Ahora, acorralado por la pared y aquel

horrible torso, inmóvil y sin cabeza, juzgó que sus fuerzas lo habían abandonado, y por un momento se hizo la idea de que ya no tendría la posibilidad de escapar. Los ojos de Thomas Grybell comenzaron a escanear cada rincón del pequeño espacio que ocupaba la cocina de la señora Anderson con un miedo irracional. Pese a que Dorian Bickart tenía varias horas de fallecido ya, el solo hecho de que aún estuviera sentado en una silla, con el brazo izquierdo apoyado sobre la mesa, creaba en Grybell la errónea sensación de que aún estaba con vida. Con la ansiedad del que presiente que lo está acechando una especie de engendro o ser maligno, al señor Grybell lo asaltó de repente una duda.

«¡Oh, no! ¿Dónde está su...?», se preguntó advirtiendo que el cuerpo de Dorian Bickart terminaba justo en el cuello.

El detective Grybell fue bajando la mirada poco a poco hasta toparse de lleno con los azulejos en forma de rombo que decoraban el piso de la señora Anderson. Empezó a seguir el espeso rastro de sangre que comenzaba en la punta de sus zapatos para terminar casi en mitad de la cocina cuando de forma repentina se encontró con la cabeza de Bickart yaciendo justo sobre el drenaje de piso, con los ojos abiertos y una mirada inexpresiva vuelta hacia arriba. El detective cerró los párpados y, sin atreverse a abrirlos de nuevo, empezó a temblar.

—¡Laaa...rry, Laaa...rry...! —susurró trastocando las palabras y sin que su compañero pudiera escucharle la voz—. ¡La cabeza aún tiene los ojos abiertos!

Larry, que estaba parado justo detrás de su amigo, le dio un par de palmadas en el hombro al notar que tenía el rostro tan pálido como un copo de nieve. Avanzó unos pasos evitando contaminar o comprometer la escena del crimen y pasó la vista con suspicacia por el mesón de la cocina en busca de cualquier indicio mínimo que le facilitara comenzar con su trabajo. Se detuvo justo frente al cuerpo sin vida de Bickart, dándole la espalda a Grybell.

—Vamos será mejor que se relaje, señor Grybell. Puedo garantizarle que en este oficio verá cosas más desagradables todavía —aseguró Larry mientras echaba un vistazo a los detalles en la mesa—. Si lo desea, puede salir un momento a tomar un poco de aire fresco.

Larry Archer siempre demostró ser un detective competente, tal vez el más competente en todo el departamento de policía. Había ganado fama dentro del cuerpo policial por ser un investigador de alto perfil, con una capacidad analítica y deductiva extraordinaria. Siendo tan minucioso, hasta el extremo de rayar en lo exagerado, entre sus habilidades estaba la de inferir información a partir de los detalles más aislados, con lo que se las arreglaba para reconstruir la escena de un crimen con increíble precisión. «¿Te puedo confesar algo, Larry? Tu problema es que eres

obsesivo, demasiado a decir verdad... Esta manía que tienes se te está volviendo enfermiza», solía advertirle su amigo y colaborador.

Larry Archer repasó de nuevo cada detalle que había sobre el mueble de la cocina: utensilios de uso diario que estuvieran fuera de lugar, piezas faltantes de la platería, puertas de gabinetes abiertas, el orden de las sillas, patrón de huellas sobre el piso... su instinto le dictaba que éste iba a ser un caso difícil. De pronto cogió una bocanada de aire y congeló la mirada sobre una cesta tejida llena con frutas que reposaba hacia una esquina encima del tope marmoleado de la cocina. Advirtió que el arreglo de unos pomelos, como del tamaño de una sandía mediana, sobresalía de la cesta. Por un momento Larry se imaginó al más grande de ellos —los que la señora Anderson había dispuesto en forma piramidal— viniéndose abajo y que con la inercia de la caída se hubiera echado a rodar en forma aparatosa por el piso. El rastro de sangre dejado sobre el suelo sugería que la cabeza de Bickart había improvisado un peculiar recorrido en zigzag.

«¡Carajo!», murmuró.

En ese instante, el sonido ahogado de un objeto metálico que cayó al suelo desde una silla, hizo que Larry escapara de su abstracción. El detective reaccionó volviéndose de medio lado.

—¡Oiga oficial, tenga un poco más de cuidado, ¿quiere?! —advirtió Archer, gesticulando un vaivén con la cabeza hacia el lugar donde el joven agente tenía colocados los pies—. No querrá usted que se contamine la escena, ¿no es así?

—¡Oh!, de ninguna manera detective, disculpe usted —dijo el novato echándose hacia atrás.

—Olvídelo. Ahora coja las pinzas metálicas que están en ese estuche de cuero y levante con mucho cuidado esas llaves del suelo —dijo el detective—. Ah, y asegúrese de no tocar nada.

—¿Las llaves, señor...? —El chico fue bajando la mirada hasta el piso, pero este solo apreciaba un charquero de sangre alrededor de sus botas.

—¿Acaso no escuchó usted cuando cayeron al suelo, luego de que tropezó con la silla?

El joven agente sacó los sujetadores del bolso y se dispuso a registrar debajo de la silla.

—Qué extraño, teniente... Podría jurar que fue una segadora la

que vi antes sobre la silla —dijo el joven policía.

—Bueno, solo déjelas sobre la silla.

«¡Rayos! Estoy seguro de que había una segadora sobre esa silla en lugar de unas llaves», murmuró el agente.

—¡Aquí estoy de nuevo, chicos! —anunció el señor Grybell, balanceándose con una sonrisa fingida—. ¿Qué tenemos?

II

El detective Archer se agachó para examinar el área comprometida de la cocina, y calculó la distancia que había desde la rejilla de drenaje hasta la silla donde se encontraba el cuerpo de la víctima. Luego rodeó la mesa y alumbró por debajo con una pequeña linterna de mano que sacó de su bolsillo.

«Nada, ni un solo resto de comida en el suelo. Debieron estar poco tiempo sentados a la mesa —especuló el detective Archer fijándose en el brazo derecho de la víctima a excepción del amigo Bickart—. Demasiado limpio, impecable diría yo».

Larry advirtió que el brazo de Bickart estaba colgando, pero la mano se le había contraído adoptando una forma prensil, igual a la garra de un ave de rapiña. Pensó que debió ser una respuesta involuntaria provocada por la fuerte impresión justo en el instante que su cabeza fue cercenada de un tajo. En ese momento el detective Archer vio los pies de Grybell acercándose a la mesa.

—Cuidado de no resbalar con la sangre, señor Grybell.

—¡Eh! ¿Larry?

—Acá, bajo la mesa. ¿Qué le parece la escena?

—¿La escena? Oh si, por supuesto, la escena —aludió Grybell mientras intentaba encontrar una respuesta aceptable—. ¡Macabra, Larry, muy macabra!

—No me refería a eso, señor Grybell. Quise decir que si la escena le parece natural o más bien algo maquillada.

—¿Maquillada? Pues... no sé qué decir.

—Señor, Grybell. ¿Sabe qué tiene en común el escenario de la última cena de hace dos mil años con el que ve al frente de hace unas dieciocho horas?

—¿La última cena...? —Grybell pensó que aquella era la pregunta más ridícula que Larry le podía haber hecho en largo tiempo, por lo que dijo lo primero que se le ocurrió—. ¡Rayos! ¿Que en ambos tomaron té?

—Pues digamos que quienes escribieron la historia vendieron a los pobres de espíritu la idea de que había que tener fe ciega y así poder convencerlos de creer en algo que no existe, y quien haya hecho esto quiere vendernos la misma teoría que solo usted está comprando —dijo el detective Archer.

—No... entiendo la metáfora, Larry.

—Significa que nada es lo que parece, querido Grybell —bromeó Larry—. En otras palabras, que los ojos del asesino nos vigilan.

Larry surgió debajo de la mesa y se acercó al drenaje que había en el piso de la cocina. Guiñó un par de señas al joven oficial para que pasara un momento el switch de la pared y alumbró con luz UV en busca de pisadas y otras pruebas no visibles bajo la luz normal. «Lo que pensé, el mismo par de botas y algunos restos de fibras», susurró.

—¡Listo! —indicó de nuevo al oficial con el dedo.

El teniente Archer se pegó de la estufa, buscando un ángulo de observación diferente. Advirtió que la cabeza del infortunado presentaba una morfología craneal lo suficientemente cuadrada como para haber dejado un rastro ininterrumpido de sangre en forma ondulada a lo largo de su recorrido, hasta el momento exacto en que esta se detuvo, justo encima del desagüe de piso. El detective se volvió hacia el cuerpo de Bickart, pero esta vez observó al señor Grybell inclinado sobre el torso de la víctima tomando notas de la zona cercenada del cuello, como si se tratara de un estudiante de anatomía comparada. De seguidas dio vuelta a la página del cuadernillo que tenía en la mano y lo vio seguir hacia la mesa donde se detuvo a contemplar de cerca las tres tazas de té.

«¡Caray, eso se llama estar inspirado!» —se dijo Archer algo confundido—. Bueno, a no ser que vaya a tener una revelación, diría que Thomas está a punto de descubrir una pista que nos ayudará a aclarar este enredo».

El detective Grybell improvisaba un sonido con la boca como si estuviera tarareando una melodía, sin duda estaba bastante animado. No obstante, a Larry le pareció inusual haber visto a su compañero tomando notas en su libreta con semejante apasionamiento. Aquel esmero, si se quiere exagerado, no era propio del comportamiento que acostumbraba a

observar en el señor Grybell.

—¿Se siente usted bien..., señor Grybell? —Archer consultó la hora.

—¡Por supuesto, Larry! —respondió su compañero sin desprenderse un segundo de las notas que estaba tomando—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, pensé que solo usabas la estilográfica para estampar tu firma.

—¿Eh, mi firma...? —articuló Grybell confundido, al tiempo que interrumpió su minucioso examen y se detuvo a contemplar su pluma fuente.

Como investigador, una de las cualidades que le simplificaban al teniente Archer resolver los misterios relacionados con un crimen y llevar a cabo su trabajo con mayor celeridad, era el hecho de ser un estudioso y extraordinario conocedor de las pasiones y emociones humanas. Su biblioteca personal hospedaba gruesos volúmenes de Psicología Emocional, así como numerosos artículos relacionados con antropología forense. Incluso disponía de una generosa colección de estudios acerca de casos famosos sobre Psiquiatría Clínica. Capaz de hurgar hasta en la mente más trastornada y descubrir los sentimientos más oscuros de una persona, no era la primera vez que a través de un sencillo interrogatorio al que hubiesen sometido a un grupo de sospechosos, terminara descubriendo a un criminal. Para Larry resultaba sencillo anticipar la manera cómo reaccionaría su buen amigo Grybell frente a una determinada situación. Fue por ello que el detective supo que aquella simple pregunta desconcentraría a su buen amigo Grybell.

—Por cierto, tenías razón acerca de Bickart —sonrió Archer con picardía. Necesitaba abortar el contexto y oxigenar el momento empezando otro hilo—. ¿Recuerdas que el forense dijo que el asesino había utilizado algo pesado como un cuchillo de carnicero?

El señor Grybell buscó rápido entre los apuntes de su cuadernillo.

«Aquí está la nota: "El corte parece realizado por la mano de un profesional, alguien que sabe cómo manipular con precisión un machete o tal vez un pesado cuchillo de carnicero"», leyó Grybell en voz baja.

Cuidando de no pisar en el lugar equivocado, Larry se arrimó dos pasos hacia adelante y analizó la posición en que quedó la cabeza de Bickart advirtiéndole que no había manchas de sangre alrededor del cuello, tan solo podía apreciarse un corte limpio, plano y uniforme. Hacia el otro extremo de la mesa, soltando un suspiro el detective Grybell enderezó de repente el cuerpo y se volvió hacia Larry y los dos oficiales.

—¡Okey, chicos, esto es lo que tenemos! Es muy probable que el asesino utilizara un objeto contundente y sobre todo pesado, tal vez traía

consigo un hacha o un cuchillo de carnicero, por lo que debió ser alguien con mucha fuerza —especuló Grybell dirigiéndose a los agentes novatos y a su compañero.

Apenas escuchó aquellas palabras, Larry enarcó una ceja. ¿Cómo era posible que el señor Grybell hubiera dicho aquello, acaso había descubierto quién era el eslabón perdido? Archer abandonó lo que estaba haciendo y, dispuesto a prestar oídos a lo que iba a decir, se volvió hacia su compañero. Al principio escuchó a su amigo todo extrañado, pues Thomas Grybell nunca había demostrado facilidad para expresarse y mucho menos era de esas personas de acervo lingüístico amplio. Los ojos de Larry se fueron expandiendo al apreciar el dramatismo con que su compañero dejaba claro su punto de vista.

»Además —continuó diciendo Grybell—, debemos examinar los utensilios de cocina, buscar en los cajones y estantes de los muebles de la cocina. Revisar incluso en el garaje, me refiero absolutamente todo, no podemos dejar nada por fuera. Este desastre no es obra de un solo hombre. Bickart, quien resultó siendo víctima de su propia trama, debe haber contado con un cómplice que en estos momentos anda huyendo ¡Y eso no es todo: está armado y es sumamente peligroso!

Larry se puso la mano en la frente buscando disimular un poco y se dio vuelta dando la espalda.

—No tan aprisa, señor Grybell, no tan aprisa. Permítame decir algo: Quien sea que haya hecho esto, le aseguro que no fue un cuchillo ni un machete lo que utilizó como arma, mucho menos un hacha. Usted no está considerando la fuerza del impacto. El golpe habría sido más brutal debido a que la geometría de la hoja de un hacha tiene forma de cuña, incluso, lo ancho del plano de un cuchillo carnicero hubiese dejado un rastro de sangre con residuos dispersos por todos lados.

»Si se fija bien, el cuello de la víctima no muestra una sola mancha de sangre —destacó el detective Archer—. De lo que sí estoy seguro, es que la hoja estaba limpia y muy afilada. Supongo que el pobre no tuvo tiempo de darse cuenta de lo que le ocurrió el día de ayer.

»Al parecer el verdadero asesino lo quería bien muerto, que no tuviera la menor oportunidad de reaccionar contra su victimario y para ello se aseguró de matarlo al primer zarpazo —Harry hizo un guiño con el dedo a su compañero—. Permítame mostrarle un pequeño detalle.

Larry se apresuró a colocarse detrás del cuerpo de la víctima, señalando a Grybell y a los dos jóvenes oficiales el ángulo que había seguido el plano de corte.

»Fíjense bien: A Dorian Bickart lo sorprendieron desde atrás, cercenándolo más o menos a esta altura del cuello y aferrando el arma muy probablemente con ambas manos, “de esta manera” —explicó Archer levantando los brazos para ilustrar la forma exacta de cómo se había llevado a cabo el crimen—. El asesino llevó a cabo su cometido por el lado derecho. ¡Interesante...!

—¿Interesante, qué cosa es interesante? —preguntó Grybell.

—Acérquense un poco más, por favor —pidió Larry señalando la superficie mutilada de la víctima y al mismo tiempo girándose hacia su compañero—. Usted también, señor Grybell.

El detective Thomas Grybell fue aproximándose al cuerpo de Bickart con repugnancia, tapándose nariz y boca con su pañuelo.

—Nuestro asesino es diestro, pero utilizó ambos brazos para describir su giro. Por lo tanto, la rotación del arma fue en sentido contrario al movimiento de las agujas del reloj y desde arriba hacia abajo. Así: uno, dos... ¡¡ZAS!! —ilustró Larry de forma exagerada, sabiendo que su compañero sentía aversión por ese tipo de explicaciones poco pedagógicas. Los dos agentes se miraron las caras.

En la frente del señor Grybell y hacia los lados de la boca se formaron varios pliegues semejantes a unas rizaduras, lucía algo desilusionado. Su cara comenzó a transformarse y parecía una enorme ciruela pasa empezando a marchitarse. El detective aprovechó un descuido del teniente Archer, mientras aquél hacía su exposición, y dio dos pasos hacia atrás.

—Larry, entonces eso podría explicar la pequeña mancha de sangre sobre el respaldo de la silla —disimuló Grybell, señalando al mismo tiempo hacia el lado izquierdo de la mesa.

—De hecho es así, señor Grybell —indicó Larry moviéndose hacia el extremo de la mesa y revisando por si también había rastros de sangre en el suelo, detrás de la silla.

El teniente Archer se llevó la mano a la barbilla, en actitud reflexiva. Como si no estuviese satisfecho con su propio análisis de lo ocurrido. El detective vino de regreso, rodeando la mesa, y se paró de nuevo detrás de la silla donde aún permanecía sentado el cuerpo sin vida de Dorian Bickart. Larry pidió a uno de los agentes que le alcanzaran la escoba de la señora Anderson y la desenroscó del cepillo. Empuñando el palo, y levantando de repente el brazo derecho como si tuviera un largo sable en la mano, realizó una suerte de swing bateador y trazó con ímpetu media circunferencia pasando a escasos dos o tres centímetros por encima del cuello de la víctima. Para su amigo y los dos agentes de la policía,

quedaba clara la reconstrucción de la posible escena donde el asesino decapitaba a su víctima tomándola de sorpresa por la espalda. El señor Thomas Grybell tragó de forma pesada mientras apreciaba a su compañero parodiando con dramatismo una segunda escena con la mano izquierda, en la ésta seguía el zigzag que había ido efectuando la cabeza de Bickart cuando rodó de forma aparatosa por el suelo dejando a su paso un reguero de sangre.

—¡Ay por Dios, Larry! —chilló Grybell asqueado, al tiempo que sacaba su pañuelo para secarse el sudor de la frente—. ¡Es el colmo!

El teniente Archer permaneció en silencio, parado hacia un extremo de la cocina en actitud contemplativa, ponderando la totalidad del escenario. Grybell no se había equivocado cuando juzgó que la escena del crimen era macabra, estuviera maquillada o no. Y es que la visión de conjunto que ofrecía la cocina de la señora Anderson superaba lo absurdo y lo prohibido, parecía como si aquella suerte de composición solo cabía en la mente de un psicópata. Archer memorizó la ubicación de la cabeza de Bickart sobre el drenaje de piso, la posición del torso con el brazo apoyado en la mesa, así como de todo el recorrido de la sangre, tazas y huellas de pisadas dejadas... Larry no dijo nada esta vez, tan solo volvió a colocarse detrás de la silla donde permanecía sin vida la víctima.

«Pobre... Justo a ras de la parte alta del cuello. Debió ser repentino, hasta es probable que no tuviera tiempo de experimentar dolor —caviló Larry examinando más de cerca la superficie cercenada—. A Bickart sencillamente lo desconectaron de su mundo explícito.

Grotesca por sí sola, la escena parecía escapada de una de esas morbosas crónicas de horror. Por un lado, un cuerpo sin vida sentado en una silla y con la mano izquierda apoyada en la mesa como si pretendiera mantener el equilibrio para no caerse. Y por el otro, una cabeza con los ojos abiertos contemplando con pavor hacia la mesa, como preguntándose por qué el resto de su cuerpo estaría en aquél lugar tan alejado y no pegado en su cuello.

En tanto, Larry continuó elucubrando en silencio, contemplando la escena como en estado de suspensión.

«El pobre apenas si tuvo tiempo de notar cuando las luces se apagaron. Debió ocurrir de forma súbita, en menos de lo que dura un parpadeo —siguió especulando, como si hubiera deseado meterse dentro de la consciencia de Bickart en el segundo último cuando ocurría su decapitación—. Qué extraño, me pregunto por qué motivo estarían los tres sentados a la mesa... es como si el señor Bickart hubiera sido invitado a sentarse».

Grybell se dio vuelta y vio a su compañero colocándose en cuclillas. «Pero ¿qué mierda estás haciendo ahora, amigo?», se preguntó. Larry se había acostado en el piso de la cocina, acomodando su cabeza en la misma posición que la de Bickart, pero en la parte de atrás y mirando hacia la mesa donde estaba ubicado el resto del cuerpo. Susurraba palabras al oído de la víctima, palabras que Grybell no alcanzaba a escuchar. «¡Oh, no!», murmuró. Larry actuaba en forma muy extraña, como si pretendiera establecer comunicación con Bickart en el más allá. Fue entonces cuando el señor Grybell chasqueó los dedos en un par de ocasiones y gesticuló varias veces con los brazos, buscando que su amigo lo viera y saliera de aquel grotesco estado de trance. El detective Archer al fin se recogió y comenzó a ponerse de pie.

—¡Hey ¿qué rayos hacías, Larry...?! ¿Negociando acaso con Caronte antes de que se lo lleve al inframundo? —preguntó.

—De ninguna manera, señor Grybell. Solo jugaba con mis conjeturas. Me preguntaba si los sonidos que escuchaba Bickart dentro de la casa; usted sabe, el tic-tac del reloj de péndulo que está en aquella esquina, la música del tocadiscos al lado del sofá, tal vez la radio..., si es que estuvieron encendidos, se le habrían silenciado de forma instantánea.

—¿Silenciado de forma...? ¿Qué carajos quieres decir con eso? —observó Grybell irritado—. Vamos, Larry, que no estoy para tus reflexiones paranormales. Supongo que no estarás pensando en consultar a un médium.

Ignorando la observación de su compañero Grybell, el detective Archer dio media vuelta sobre el talón de su zapato y se detuvo justo frente a él. Rodeó la mesa de la señora Anderson y comenzó a caminar de un extremo al otro sin parar de hablar.

—Quizá también los del entorno; los autos circulando afuera en la calle, el sonido de algún claxon, el reclamo de un ave trinando sobre la rama de un árbol procurando la compañía de una hembra —aludió dirigiéndose de forma apresurada a la ventana de la sala—. ¿Crees que haya tenido tiempo de seguir sintiendo la brisa que rozaba sus mejillas, apenas un segundo después...? O ¿dirías que todas esas sensaciones desaparecieron en un santiamén? ¿Sabe una cosa, señor Grybell?, pienso que la luz que percibía nuestro amigo Bickart debió también... Pudo haber sido en el momento que daba el último sorbo a su té en la mesa y, medio segundo después, todos sus pensamientos se borraron o quedaron en blanco.

»Tan solo imagine por un momento lo que sucedería con nuestra noción de la realidad si algo parecido llegara a sucedernos algún día. Sería como si alguien nos pasara un switch, ¿me entiende? Bickart debió creer que el tiempo se había paralizado, señor Grybell, si es que tuvo oportunidad de darse cuenta de ello. Menos aún llegó a tener un mínimo estado de

consciencia cuando su cabeza se estrelló contra el suelo —siguió especulando mientras oteaba a su alrededor en busca de pistas—. Extravagante manera de perder la vida, ¿no cree?

«¡Ay no! —susurró su compañero—. De nuevo con lo mismo», se dijo.

Grybell juzgaba que Larry estaba demasiado obsesionado por resolver el crimen, pero el símil que estaba tratando de establecer a manera de ejemplo era más asqueroso aún que la escena misma que estaba contemplando en la cocina. Por un momento Thomas sintió que su garganta se le estaba secando.

—En este mismo instante te podría citar un listado de los posibles objetos que pueden ser utilizados para realizar un corte perfecto como ese que estás viendo en el cuello de la víctima. Te asombraría saber que no necesariamente un cuchillo de carnicero o una pesada hacha son necesarios para hacer un trabajo como ese. ¿Alguna vez te has cortado el dedo con una simple hoja de papel? Imagina entonces lo que podría hacer la hojilla filosa de cualquier metal, un simple cable de nylon, incluso, un delgado y fino alambre de bronce de picar quesos.

—¡Vaya!, pues no había reparado en eso —dijo Grybell que parecía estar interesado en saber más acerca del tipo de instrumento utilizado por el asesino.

Pero Larry, por el contrario, dio un giro y volvió de nuevo a elucubrar con su metáfora comparativa.

»Sin duda el asesino sorprendió a su víctima por la espalda, le bastó hacer un giro calculado con una hoja bien afilada y después, ¡Zas!, su vida se apagó así nada más —explicó Archer, haciendo un escalofriante chasquido con las palmas de las manos—. En un segundo su mente se nubló y todo se fue directo a la Mierda...

—¡Por Dios Larry, para ya de una vez! ¿Por qué siempre tienes que ser tan explícito? Ya de por sí es enfermiza la manera en que describes tus razonamientos morbosos. ¿Acaso disfrutas recreando la misma escena en la mente de las demás personas...? Y para colmo lo recitas como si se tratara de uno de esos poemas retorcidos, repitiendo una y otra vez hasta el cansancio el mismo asunto ese de la maldita cabeza rodando por el suelo y la desconexión de sus pensamientos con el tiempo. ¡Es... es asqueroso, Larry! ¡Totalmente perturbador, coño!

—Señor, Grybell, le sugiero que trabaje un poco más en ese humor suyo. Me temo que está siendo demasiado injusto con usted mismo, ¿no lo cree? —aludió, Larry, conteniendo las ganas de reír.

En ocasiones, a Larry le divertía jugar con el intelecto de su noble amigo, lo hacía con el único propósito de someterlo a presión. Cuando no era con juegos de palabras, lo era transfigurando de manera intencional algunas frases para ponerlo a prueba. Larry buscaba que sus recreos mentales tuvieran significados contradictorios para que el señor Grybell las interpretara de diversas maneras, quien de por sí detestaba las preguntas enrevesadas. Pero si había alguna forma en particular de conseguir que Grybell se desgastara o se saliera de sus casillas, logrando que perdiera la paciencia, era aludiendo aspectos que tuviesen que ver con su personalidad. Sobre todo si era su propio compañero quien lo juzgaba con advertencias jocosas referidas a su condición existencial.

—¡Demonios, contigo, Larry Archer! —maldijo Grybell a punto de resbalarse y perder el equilibrio, cuando sin querer dejó caer su vieja estilográfica sobre el denso charco de sangre que había en el suelo—. ¿Quieres dejar el tema ese con mi...? ¡Bueno, solo olvídale!

Larry percibió el ruido de la pluma fuente cuando chocó con el suelo. El sonido había sido ahogado por la espesa película de sangre que terminaba en el área de drenaje de la cocina. La compleja mente de Archer parecía estar siempre inyectada con adrenalina, jamás descansaba un segundo. Cualquier mínimo ruido, eco o rumor que le llegara de lejos, por insignificante que fuera, el detective siempre buscaba la manera de identificar la fuente y qué tipo de objeto era el que lo había producido, así estuviera atendiendo una reunión importante o realizando un experimento peligroso.

«Plock», replicó Larry en voz baja buscando emular el mismo sonido.

Se decía que era parecido al que producía una pequeña pieza de metal que estuviera recubierta por una especie de camisa protectora o un forro de goma. Una leve sonrisa se dibujó en su cara. Archer se volvió con disimulo hacia Grybell y lo miró por el rabillo del ojo, preparado para observar la reacción de su compañero. Le dio mucha gracia ver la situación en que se encontraba, el señor Grybell parecía estar confrontando un difícil dilema.

—¿Problemas para decidirse, compañero?

—¿Eh?

Larry sacudió la cabeza y se vio obligado a taparse el rostro para evitar que su amigo lo viera en aquella actitud jocosa. Pero es que la expresión de perplejidad que se había dibujado en la cara de Grybell no era para menos. Larry conocía bien aquella pluma con baño de oro y el significado especial que tenía para Thomas, ya que este jamás hacía uso de ella para tomar notas o llenar simples crucigramas, tan solo la utilizaba para firmar su nombre. Se trataba de un pequeño detalle que el detective Archer y su

mujer le llevaron al señor Grybell el día de su cumpleaños, hacía pocos meses. Clara, la esposa de Larry, le había pedido a su marido que antes de envolverla en papel de regalo, le hicieran grabar las iniciales de su nombre en ella. A pesar de lo escrupuloso, el señor Grybell alargó el brazo y trató de pescar su pluma con los dedos en más de una ocasión, pero a cada intento recogía la mano como si estuviera a punto de resignarse. De pronto Grybell dirigió una mirada circunspecta a su compañero, parecía estar solicitando su aprobación o tal vez solo esperaba que le diera una idea de cómo salir de aquel aprieto.

—¿Por qué no lo intentas con un tenedor...? —sugirió—. Hay uno sobre el mesón de la cocina. No creo que sea difícil pescarla.

—¿Estás seguro, Larry, un... tenedor de mesa? —dijo en voz baja. El señor Grybell se volvió para ver hacia el mesón, poniendo de manifiesto cara de seguir en una encrucijada.

Larry se acercó a Grybell en forma sigilosa y llevándose la mano a la boca le susurró en el oído:

«No creo que a la señora Anderson le importe mucho. Ten, puedes usar un pañuelo para que retires luego los restos de sangre».

«¿Un pañuelo? ¡Oh, por supuesto, muy buena idea! Larry. Pero tiene tus... iniciales —observó Grybell cogiendo el pañuelo con inseguridad—. ¿Sabías que es la estilográfica que tú y Clara me regalaron el día de mi cumpleaños...? Nunca antes se me había caído.

—Descuida, amigo —dijo a punto de soltar una carcajada—. Bien, dese un poco de prisa, señor Grybell, que no tenemos todo el día.

III

La información aportada por la policía al fiscal de distrito no fue del todo sincera, debido a que pasó por alto algunas observaciones dejadas por escrito en el informe de los detectives Larry Archer y Thomas Grybell. Al menos admitió que la muerte de la víctima había ocurrido bajo circunstancias un tanto atípicas, ya que no se explicaba el motivo por el que había tres tazas de té sobre la mesa cuando en la casa solo vivían la señora Anderson y su hija Cathy de diez años de edad. Poco antes de finalizar su rueda de prensa con periodistas y jefes de redacción, el comisionado anunció que tampoco se daba por descartada la posibilidad de que pudiera estar involucrado en el crimen una tercera persona, pero que hasta el momento a nadie tenían señalado como el posible sospechoso. Aquellas declaraciones fueron una sorpresa, demasiado prematuras como para anunciar avances a la prensa sobre lo que no se

tenían pruebas concluyentes aún, sobre todo porque era todo lo contrario de lo que estaba plasmado en el reporte de Archer y Grybell. «En este momento estamos tratando de establecer todos los hechos, para ello tenemos a nuestros mejores hombres trabajando en el caso», terminó aclarando el fiscal justo cuando recibió una llamada del juez responsable de llevar adelante la investigación del caso.

—Me pregunto por qué dos mujeres que viven solas habrían de sentarse a tomar el té con un extraño —le dijo Larry a su compañero mientras merendaban unas Donuts espolvoreadas con canela en Undereast Bakery—. Puedo apostar que la señora Anderson y Dorian Bickart ni siquiera se conocían. ¿Recuerdas que algunos vecinos aseguraron que jamás antes lo habían visto trabajando en la zona? Pudo ser casual el que anduviera por el barrio ese día.

—¿Tú crees que el jardinero haya sido una víctima que tan solo estaba en el lugar y momento equivocados? —observó el detective Grybell—. Tal vez si lo conocían después de todo. Ella dijo que sabía de quien se trataba.

—Si estuviera seguro de que Bickart solo fue resultado de un daño colateral, entonces el caso lo tendríamos resuelto, pero no me atrevo a darlo por hecho todavía. La niña dijo que el jardinero había pedido agua porque tenía sed, en su lugar le ofrecieron algo de té frío y se lo llevaron a la puerta.

Larry se imaginó a la pequeña Cathy llevando el vaso de té hasta la puerta para dárselo a Bickart, pero al mismo tiempo recordó que sobre la mesa de la cocina había también una taza, una tercera taza servida con té frío.

—Larry, ¿crees que la señora Anderson haya mentido al rendir declaración? —observó Grybell.

—Es posible. Aunque no es lo mismo saber quién es una persona, que conocerla, es una cuestión de límites. Ella bien podría rectificar diciendo que se refería a que lo había visto trabajar y decidió preguntarle si querría hacerle su jardín. Se supone que estamos ante una familia común y corriente, como todas las demás de esta ciudad, y no una familia disfuncional ¿no es así, amigo Grybell? —especuló Archer.

—Me pregunto por qué rayos los casos policiales se complican tanto —dijo Grybell.

«La confusión está en esa maldita taza de té servida en la mesa ¡Carajo...! Me pregunto si realmente la señora Anderson invitó a Bickart a sentarse con ellas —conjeturó el detective Archer—. ¿Por qué habría de correr un riesgo innecesario, sabiendo que tiene limitaciones para moverse? No

logro establecer la conexión», pensó Archer.

—Larry... ¿Y si después de todo la víctima sí tenía un cómplice, como explicó el señor comisionado durante la rueda de prensa, solo que en el último momento decidió voltearse para no verse involucrado en el asesinato, y en medio de una discusión fue él quien terminó quitándole la vida a Bickart?

—Así que un cómplice, ¿eh? Aparentemente no hubo un móvil de robo. La señora Anderson negó en todo momento que Bickart se hubiera llevado algo de su hogar, en todo momento habló en singular, nunca en plural. Según ella nada le está faltando en su casa. Fue poco después que explicó lo del supuesto visitante fantasma, algo que de paso no hace mucho sentido. Pero ¿por qué no lo mencionó en un principio? —observó Larry.

—En cierto modo no dejas de tener razón, Larry. Ella dijo ciertamente que mientras calentaba el té en la cocina, su hija había ido al baño y un desconocido aprovechó de entrar por la puerta, degolló al jardinero y huyó —recordó el detective Grybell, leyendo la declaración que tenía anotada en su libreta.

—Su versión de los hechos suena muy fantasiosa. Además, hay demasiados cabos sueltos, señor Grybell. Sin embargo, no estoy descartando lo que usted dice. Lo cierto es que no hay ninguna pista que nos conduzca a que Bickart tuviera un cómplice. Créame, amigo, algo no huele bien en esto y me atrevo a anticipar que el caso tampoco terminará bien.

Días después, habiendo recorrido algunos centros nocturnos y clubes de Pool en la ciudad, Larry y su compañero averiguaron que Bickart solía frecuentar una popular sala de billar del barrio sur, «El Cortapalos». Apenas hacía una semana Dorian había perdido una fuerte suma de dinero durante una apuesta con un sujeto latino y el arreglo terminó con un saldo de varias personas heridas con botella que nada tenían que ver en la discusión. Dorian Bickart siempre fue un individuo conflictivo que solía tener problemas con sus compañeros de la fábrica donde trabajaba, problemas que siempre terminaban en fuertes reyertas en algún bar de mala muerte. Esa era una entre tantas razones por las que a Dorian se le hacía difícil conservar un puesto de trabajo por más de quince días.

Hechos de sangre y valoraciones condenatorias como las anteriores, sumadas a la falta de otras pruebas apuntaban en su contra, que lejos de ayudar a Bickart lo que hicieron fue hundirlo más en el lodo. El cuerpo detectivesco se encontraba frente a un nudo gordiano. Por un lado no tenía motivos ni argumentos valederos para incriminar a la señora Anderson, tampoco sospechar si el móvil del homicidio había sido un hecho accidental o no, y menos aún pensar que la pequeña Cathy tuviera que ver con un crimen tan grotesco. Como suele suceder en algunos

casos, en poco tiempo y debido a la falta de pruebas contundentes, este fue cerrado y considerado como invasión de domicilio e intento de violación a dos mujeres indefensas.

—¡Allí lo tienes, ya me lo temía! —dijo Larry arrancando la primera página y arrojando a la basura el resto de la prensa que leía esa mañana.

Grybell se desplazó hasta el escritorio y leyó el titular.

—¿Qué podemos hacer ahora, Larry?

—Buscar más pruebas, nuevas pruebas, contundentes y comprometedoras sobre quien es el asesino. Y si esto no funciona, tendremos que conformarnos con saber la verdad nosotros.

Semanas más tarde, los detectives Larry Archer y su inseparable compañero, el señor Thomas Grybell, consiguieron averiguar algunos datos curiosos: la señora Anderson y su hija tenían poco tiempo de haberse mudado desde la provincia a la vivienda que estaban ocupando en estos momentos. Al parecer, en la ciudad donde vivieron con anterioridad fueron víctimas de un dudoso caso de asalto, a plena luz del día y en el interior de su hogar, mientras madre e hija hacían una siesta. De acuerdo con la versión policial, se trató del intento fallido de un robo que terminó dando un inesperado giro de tuerca, donde fue el supuesto asaltante quien resultó muerto. El intruso, un hombre caucásico de treinta y cuatro años, habría muerto en condiciones similares debido a un «degollamiento» que fue calificado de accidental por el comisionado de la policía. Esto fue después de que la víctima cayera desde un segundo piso al perder el equilibrio y se cercenara la mitad de la cabeza con una lámina de vidrio que había en mitad de la sala de estar. Por desgracia, para los detectives que llevaban el caso, en aquella ocasión la vivienda fue consumida por un incendio fortuito que se desató cuando ocurría un forcejeo entre el invasor y la señora Anderson en aquel momento. Debido al fuego desatado se consumieron muchas evidencias que hubiesen servido para aclarar las circunstancias que llevaron al malhechor a cometer el supuesto robo. En aquella ocasión, el juez de la causa había dictaminado defensa propia y muerte accidental.

—A veces no consigo la manera de entenderte, Larry. ¿Para qué sigues buscando semejanzas entre los escenarios? —preguntó Grybell—. Insistes en buscar un vínculo común entre los dos casos y, para colmo, al igual que el primero, resulta que este último también ha sido cerrado.

—«Sepultado», querrás decir —acentuó Larry con un dejo de ironía.

—Bueno, llámalo como quieras; cerrado, sepultado, enterrado ¡Rayos!, ¿qué más da? —replicó su compañero—. El caso es que no hace falta ser un detective experto para darse cuenta de que el motivo no fue un simple robo en esta ocasión.

—Lo sé, de eso pudimos darnos cuenta tan pronto hicimos el reconocimiento de rigor. Es solo que... —iba a decir Larry.

—¡Nada amigo!, el muy bastardo sabía que en la casa vivían dos pobres mujeres indefensas, así que le sería fácil dominarlas y luego violar a la señora Anderson —argumentó el señor Grybell—. Luego que llegó su cómplice, algo debió salir mal o a uno de ellos no le gustó el acuerdo, así que el cómplice debió asesinar a su amigo Bickart para que no lo culparan de haber participado en sus planes... A propósito, Larry ¿te fijaste en lo hermosa que es la señora Anderson?

Larry lanzó una mirada fulminante a su compañero de trabajo, odiaba ese tipo de coletillas de mal gusto.

—Me refiero a la pequeña Cathy, por supuesto. La señora Anderson tuvo a una criatura muy linda, ¿no crees? —«rectificó» Grybell.

—Sé que esto que le voy a decir suena repetitivo, pero lo que no me termina de cuadrar en este asunto es que sobre la mesa había una tetera con tres tazas, y el comisionado pareció no darle importancia a esto. Si la memoria no me falla, también recuerdo haber escuchado a la pequeña decir algo como que no le gustaba el té, sin embargo, había tres tazas en la mesa de las cuales una estaba a medio llenar... Me siento un poco intrigado, señor Grybell. Quisiera estar equivocado, pero a veces me pregunto si realmente esperaban a una tercera persona después de todo.

»Ni siquiera nuestro amigo Bickart tuvo tiempo de beber la suya. ¿Para qué servírsela entonces? Parece algo mal elaborado. El vaso tenía sus huellas y es obvio que estaba a gusto sentado con ellas, ya que no me cuadra que Bickart haya entrado a la casa sin haber sido invitado —dijo Larry recordando la escena del crimen, la disposición de las tazas sobre la mesa y una pequeña olla con agua que descansaba sobre la estufa —Estimado señor Grybell, se lo dije, este asunto es más complicado de lo que parece.

—A mí me huele más bien que es la obra de alguien enfermo, incluso cabe en el perfil. ¿No te parece más probable que las haya obligado a servirle una taza de té, como si se tratara de otro miembro de la familia, tan solo para disfrutar mortificándolas? Maldito psicópata.

—«Cabe en el perfil», ¿eh...? ¡Valla, eso no lo vi venir! —Larry se contuvo para no soltar una carcajada—. Seamos serios, señor Grybell. Usted está afirmando que Bickart es un asesino, solo que el tiro le salió

por la culata, ¿no es así?

Thomas Grybell se quedó contemplando a su compañero con un dejo de incertidumbre.

»En primer lugar, si yo fuese usted no iría tan rápido. ¿Cómo puede dar por hecho que el infortunado era un psicópata? —preguntó Larry—. No tenemos ningún record médico que lo certifique. Ahora usted asegura que es un asesino... un criminal que terminó asesinado.

«"Cabe en el perfil"... que gracioso», murmuró Larry con sorna.

—Así es como suelen comportarse. Estos animales son personas frías y les gusta mirar a sus víctimas a los ojos. No solo son muy inteligentes, carecen de emociones y son incapaces de sentir remordimientos por los actos que cometen.

»Primero se entretienen torturando a sus víctimas, y cuando ya están hartos de complacerse, las asesinan así nada más. Fue un milagro el que esas dos mujeres salieran sin un rasguño.

»¡Admítelo, Larry! ¿Acaso no te das cuenta?, se ve que el muy sinvergüenza tenía todo bien planeado. ¿Y Cómo no iba a ser así? Con lo sensual y los atributos de esa señora, cualquiera perdería la... —el señor Grybell se dio cuenta de que estaba hablando demasiado—. Estúpido violador, es solo que en esta ocasión su cómplice lo silenció y huyó del lugar.

—¿No estará usted suponiendo más de la cuenta, señor Grybell? Yo no recuerdo haber visto indicios de confrontación en ningún lugar de la casa. Por el contrario, todo parecía en orden, usted mismo lo dijo —reflexionó el detective—. No me parece que haya habido un mínimo de resistencia, en especial dentro de la cocina. Las únicas huellas de terceras pisadas son las dejadas por Bickart. En fin, reconozco cuando me equivoco en alguno de mis juicios, estoy seguro de no estarlo equivocado ahora, pero debo ser honesto y decir que no me figuro qué carajos pudo haber ocurrido aquí.

—¡Vamos Larry, tú mismo viste a la niña abrazada a su madre! Estaba aterrorizada cuando llegamos. Además, había huellas de botas en el piso de arriba, obvio que eran de él.

—Tal vez, aunque solo están en el descanso del segundo piso y la cocina, más no en los peldaños de las escaleras. Mi pregunta es ¿por qué? Supongo que Bickart voló como un vampiro hasta el segundo piso, ¿no? —ironizó Archer—. Bien, lo más extraño es el hecho de que no había señales de forcejeo. Poco más de semana y media atrás di poca importancia a esto que voy a decir, pero ahora que mencionas las huellas

en el piso superior, cobra interés el que las trenzas de las botas de Bickart no estaban atadas cuando llegamos, lo noté cuando estuve bajo la mesa.

»No estoy seguro, señor Grybell, pero a veces, un exceso pistas en el lugar de los hechos también pueden conducir a demasiada casualidad como para un hecho sea creíble, ¿no le parece...? Le propongo algo: ¿Qué tal si vamos donde nuestra amiga, la señora Betsy, por unas malteadas como las del otro día y nos despejamos un poco?, quizá hasta nos dé ganas de probar un buen trozo de su pie de cereza.

El pastel de cerezas de Larry permanecía intacto a un lado sobre la mesa y aún no había probado siquiera la rosquilla adicional que pidió. De pronto dio un sorbo a la malteada, cogió dos hojas gruesas del servilletero y las puso sobre la mesa. Thomas Grybell observó de reojo a su compañero y notó que parecía estar haciendo el bosquejo de una herramienta, como las usadas por los jardineros, sobre la hoja de servilleta. Lo veía entregado de lleno a sus pensamientos, tal vez ocupaba su mente en algo importante. Aunque Larry nunca parecía estar conforme con nada, su compañero sabía que era desconfiado pero muy dado a fijarse en los pequeños detalles. El señor Grybell se levantó de pronto de su asiento e iba a sugerir que pagaría la cuenta a la cajera, pero en ese momento fue interrumpido por una observación de Larry.

—Olvidé la hoz de Bickart, señor Grybell. Olvidé preguntar eso a la señora Anderson. ¡Esa hoz en la despensa de almacenar comida...! Me gustaría saber para qué rayos guardaría alguien una hoz dentro de una despensa. ¿Le parece a usted normal eso, estimado Grybell? —observó Larry, tratando de entremezclar el orden de algunos detalles.

»¿Desde cuándo se comparte el té con un extraño que supuestamente irrumpe con intenciones de violar a dos mujeres indefensas en una vivienda, y estas le guardan la hoz en la despensa? Algo no parece estar cuadrando aquí. ¿De quién es esa hoz, si no era de Bickart? ¿Es natural que alguien almacene una herramienta de trabajo como esa en su despensa?

—¿Qué si me parece natural? A mí no me extrañaría que una persona, después de haber vivido dos veces una pesadilla como esa, hasta quiera guardar un lanzagranadas autopropulsado bajo la almohada. Cualquier arma letal con tal de resguardar el hogar.

—¡Me sorprende su refinamiento intelectual, señor Grybell! —dijo Larry—. No se le vaya a ocurrir un día de estos hacer justicia con sus propias manos.

IV

Una nueva pista surgida en torno a la investigación que llevaban de manera discreta Archer y el señor Grybell acerca del caso los llevó a averiguar que la señora Anderson y su pequeña Cathy se habían marchado de su ciudad de origen mucho después de la muerte accidental de su esposo en el aserradero donde solía trabajar. Solo que el fallecimiento ocurrió cerca de un año antes del primer intento de asalto que hicieron a su vivienda.

El detective Archer hizo algo de memoria y recordó al pie de la letra las palabras que había referido la señora Anderson.

«"Mi pequeña Cathy y yo teníamos todo preparado para marcharnos a vivir a la vieja casa que me dejó mamá, pues habiendo fallecido mi esposo, ya no cuento con dinero suficiente para seguir pagando la renta"» —murmuró Larry.

El señor Grybell se entretuvo removiendo su té antes de que se enfriara, mientras Larry se hacía algunas preguntas:

«Si de todas formas pensaba marcharse con su hija de la ciudad, ¿por qué no lo hizo seguidamente después que murió su esposo? ¿Cómo se las arregló para sobrevivir todo ese tiempo si se supone que no tenía como seguir pagar la renta?»

»¿Qué la retuvo entonces? ¿Por qué motivo esperar tanto tiempo y tomar la decisión de irse un año después del fallido robo? Los únicos familiares vivos que tenía se habían marchado hacía muchos años. ¿No le resultaba más acertado irse con Cathy a un lugar más seguro...?»

En ese momento el detective Grybell hizo señas a su compañero flameando un pañuelo que tenía en uno de sus bolsillos y chasqueó al mismo tiempo los dedos. Larry escuchó con claridad los crujidos asintiendo con un movimiento de la cabeza, pero ignoró el llamado y continuó absorto en sus cavilaciones.

«Estoy seguro de que ella debió considerar esa posibilidad, las mujeres siempre han demostrado tener más capacidad de anticipar riesgos que los hombres. Tal vez... Pero todavía hay algo que no está claro. La maldita hoz... Me gustaría saber qué hacía esa perturbadora hoz en la despensa de la señora Anderson. Recuerdo haber escuchado aquel sonido metálico el día que estuvimos en la casa, fue después que el agente tropezó con la silla y le dije que tuviera cuidado de no contaminar...»

—¡Hey Larry, despierta amigo!

«¡Maldita sea, el agente aseguró que vio una herramienta de segar encima de la silla, pero yo solo vi unas llaves! ¡Claro, luego estas cayeron al suelo cuando tropezó sin querer con el mueble! ¿Por qué entonces la hoz no seguía en la escena del crimen? No me cabe en la cabeza que Bickart haya entrado a la casa con su hoz en la mano, la misma hoz que estaba usando para segar en el jardín... Estoy más que seguro de que lo que decapitó la cabeza de Bickart no fue una hoz sucia y oxidada.

»El asesino debió dejarla olvidada sobre la silla y siguió luego tomando el té como si nada... Alguien debió cogerla después para limpiar la sangre y la guardó en la despensa, pero ¿quién...?

Los pensamientos de Larry se fueron desvaneciendo de su mente en forma gradual cuando la imagen repentina de una mujer comenzó a materializarse frente a él.

«¿Señora Anderson? —especuló—. ¡Carajo!».

—¡Pronto, recoge tu gabardina compañero! —apuró Larry.

—¿Mi gabardina?, ¿qué ocurre?

—Somos detectives, ¿no? —dijo.

—Sí, pero...

—Nos ausentaremos de la ciudad.

—¿Y a dónde iremos?

—¿Alguna vez ha escuchado la expresión «pagar una visita», señor Grybell? —preguntó Larry.

—¿Pagar una visita? Pues, sí. De hecho la utilizan con frecuencia en el departamento. Es algo así como to pay a visit.

—Esa es su traducción literal. Pero no la repita.

—¿Por qué, qué tiene de malo? —preguntó Grybell.

—Porque no existe en español.

—¿No existe en español...? No entiendo el punto.

—Olvídelo, señor Grybell, no es nada importante.

—¿Qué haremos entonces?

—Iremos a visitar a unos vecinos de la señora Anderson —aludió Larry.

—¿De la señora Anderson?

—Solo apresúrate, tengo una corazonada.

V

Los detectives Archer y Grybell estaban seguros de que el primer intento de asalto se trató del acoso de un intruso a la vivienda de la señora Anderson con claras intenciones de llevar a cabo un robo. Pero Larry se negaba a creer el relato de la señora Anderson cuando afirmó que la muerte del perpetrador se debió a que cayó de forma accidental del segundo piso y se degolló al dar contra una lámina de vidrio que estaba colocada de forma vertical en la sala. «Pensaba sustituir el vidrio de la mesa porque tenía varias semanas roto», había explicado la madre de Cathy. Larry insinuó que el comisionado se había tragado semejante argumento, o quiso tragárselo, y por lo tanto no lo dio a conocer al público porque sabía que habría alimentado sospechas en muchos escépticos. «No es una mala coartada, pero suena muy elaborada. Lo dudo», le había dicho Archer al señor Grybell.

Durante una segunda inspección a la ciudad, cierta enfermera que estuvo de visita en casa de unos viejos conocidos de la familia Anderson les aseguró a los detectives que la hija de la señora Anderson había estado internada durante algún tiempo en un sanatorio, ya que al parecer la muerte de su padre había afectado a la niña de tal modo que terminó sufriendo de algunos trastornos psíquicos y, que la madre, debido a una caída en la que sufrió un fuerte traumatismo en la cabeza, la dejó con limitaciones para moverse y con pérdida parcial de la memoria. Luego del intento de robo, la señora Anderson aseguró no recordar nada de lo sucedido.

—Pobre niña —dijo el señor Grybell.

—Me temo que las evidencias que disponemos no sean lo suficientemente sólidas, señor Grybell. Algo me dice que el caso va a terminar siendo otro cangrejo. Lo único obvio es que las dos muertes no guardan conexión, excepto por un detalle.

—¿Un detalle?

—Así es, señor Grybell, por los restos carbonizados de la hoz que usted encontró entre los escombros de la vieja casa de la señora Anderson.

Puedo aceptar que la víctima pudo haberse caído del segundo piso de forma accidental o... ¿Qué tal si al salteador lo empujaron adrede? Incluso, que haya quedado privado debido al impacto con el suelo, pero puedo apostarle que no se degolló con la lámina de vidrio.

»Tengo la impresión de que la señora Anderson dio muerte a ambos hombres dentro de su vivienda, y dudo que exista un tercer sospechoso como usted cree. Ahora sabemos que las armas homicidas utilizadas, entonces y ahora, fueron las filosas hojas de alguna hoz. ¿Quiere que le confiese qué es lo que va a entorpecer nuestra investigación? El hecho de que el perfil psicológico de la señora Anderson no concuerda con el de un asesino, un psicópata o un vulgar salteador de viviendas, así de simple. Menos aún podremos probar algo, considerando su supuesta inhibición motriz.

—Lo que levanta inconsistencias, Larry, es que en el caso reciente la señora Anderson estuvo compartiendo el té con Bickart en su nueva vivienda momentos antes de que a este le cercenaran la cabeza. Esto se podría interpretar como que el jardinero la forzó a sentarse a la mesa con su pequeña hija, pero la intervención de un segundo sospechoso es parte esencial de la escena del crimen para que le cortara la cabeza mientras estuvo sentado. El que una hoz estuviera sobre la silla y que luego la hayan retirado, va a ser muy difícil de sostener —dijo Grybell—. ¿Dónde está esa hoz?

»La limitación de la señora Anderson para moverse lo único que hará, como tú dices, será complicar el asunto, echando más tierra sobre la investigación y resaltando aún más su inocencia. Ni siquiera su abogado tendrá que molestarse en demostrar si actuó o no en defensa propia. Es más que obvio, ¿no? —terminó resaltando Grybell.

—¡Vaya, eso fue brillante, señor Grybell!, tiene toda la razón. Por desgracia no tenemos pruebas sólidas para sostener lo contrario.

El punto del señor Grybell abrió una brecha en la investigación. Para Larry no quedaban claras las circunstancias de la segunda muerte, ya que seguía sin explicarse cómo pudo la señora Anderson arreglárselas para defenderse del malhechor, salvo que hubiera un segundo cómplice involucrado en los hechos y que por algún inexplicable motivo ambos se hayan enfrascado en una fuerte discusión. Aun cuando no parecía existir un vínculo que conectara de forma directa ambos sucesos, sumado a la dificultad de comprobar el estado culposo de la señora Anderson, Larry confiaba en que seguía teniendo bajo la manga algunas conjeturas razonablemente importantes y esperaba que tarde o temprano se convirtieran en evidencias comprobables.

La misma mañana de la investigación, tan pronto como Larry advirtió un par de coincidencias, coincidencias que cualquier otro investigador hubiera

considerado como eslabones aislados, su olfato lo llevó a sospechar que los dos crímenes perpetrados en la vivienda de la señora Anderson no solo habían sido llevadas a cabo por una misma persona, sino que fueron cometidos con el mismo tipo de instrumento —una hoz de mano, como las utilizadas para segar la hierba. Para Larry, el hecho de que la hoz haya sido dejada sobre la silla (tal vez impregnada con sangre de la víctima) sugería que el asesino se habría sentado a terminar el té de la víctima luego de haber cometido el crimen, lo que lleva a pensar en la posibilidad de que no había un segundo cómplice. La supuesta limitación motora de la señora Anderson fue la única circunstancia que terminó de empañar el caso, aun cuando los vasos sobre la mesa, excepto el de la víctima, tenían sus huellas dactilares.

Larry recibió una noticia desalentadora a la mañana siguiente cuando visitó la delegación de policía, no pudiendo más que sentirse defraudado después de haber llevado a cabo una investigación impecable. Ese viernes se le informó que el caso había sido engavetado de forma definitiva.

VI

Una semana después, en un nuevo intento para reabrir el caso, Larry completó un grueso expediente en el que explicaba con lujo de detalles todos sus argumentos, pero el señor comisionado jefe de la delegación juzgó que no reunía pruebas lo suficientemente contundentes como para demostrar la culpabilidad de la señora Anderson.

—De veras lo siento Larry. Solo te pido que no lo tomes a mal. Mira, el interés y la capacidad que has puesto de manifiesto para tratar de aclarar todo este engorroso asunto han sido más que asombrosos, sin embargo, no podemos demostrar nada. Bajo las circunstancias actuales, ni siquiera tres gruesos volúmenes como el tuyo constituirían una sola prueba valedera para la corte.

—¡iii¿Para la corte?!!!.... ¿Qué rayos quieres decir con eso?

—¿Recuerdas el fiasco del asesino que escogía como víctimas a jovencitas menores de edad que no fueran vírgenes? En cierto modo es muy parecido a este caso: nunca se encontraron huellas, tampoco el arma homicida y ni se sabía si era un hombre o una mujer quien cometía los crímenes —resaltó el comisionado—. En este caso de la señora Anderson, aun habiendo sido intencional, en un juicio el jurado la habría absuelto diciendo que había actuado en legítima defensa.

—¡No me venga con eso, jefe! ¿De veras cree usted en toda esa basura? Pienso que se están cerrando ante unos hechos que son más que

obvios.

—Cierra la puerta y siéntate un momento, Larry —insistió el comisionado mirándolo directo a los ojos—. ¿Quieres que te confiese algo off the record, amigo? Tú y yo sabemos que esa mujer ejecutó los crímenes de forma premeditada... Sin embargo, es inocente. ¿Entiendes lo que quiero decir? Fue ella y nadie más, pero es inocente.

—¿iiiiENTONCES!!!!?

—¡Larry, mírame coño! Yo leí tu informe, creo en lo que dices allí, fue ella quien decapitó a ambos hombres, sin embargo el caso es un cangrejo, ¿entiendes lo que quiero decir? ¡Un maldito Cangrejo!

—¿Sabe lo que pienso jefe?, ¡que el sistema judicial está podrido hasta el culo...! ¡iiiPodrido, maldita sea!!!

El comisionado revoloteó los brazos por los aires y luego se los llevó a la cintura en señal de no poder hacer nada. Larry cerró los puños y crujió los nudillos de la ira. Por un instante estuvo a punto de sacudir con violencia el escritorio de su propio jefe, pero desilusionado al fin, optó por dar la espalda y salió de la comisaría con cara de pocos amigos. A las dos semanas, Larry se presentó de nuevo en la oficina del comisionado dejando su arma y su placa sobre el escritorio.

Meses más tarde, la señora Anderson tuvo una recaída en la que había manifestado convulsiones y fue necesario internarla varios días en el hospital. Los médicos le diagnosticaron pérdida progresiva de la memoria e incapacidad para caminar sin ayuda, pero algún tiempo después pudo regresar a su casa para estar nuevamente con su pequeña hija.

—Ven conmigo mami, camina despacio. Eso es, un paso a la vez. Ahora siéntate tranquila en tu sillón —dijo la pequeña Cathy, retirando un mantel de la gaveta y dejando la tetera sobre la mesa con dos tazas.

La señora Anderson solo se limitaba a obedecer y sonreír a su pequeña hija. Esa mañana, al escuchar afuera el ruido de la cortadora de césped, Cathy le dijo a su madre que aguardara un momento, que vendría enseguida para tomar juntas el té. Abriendo la puerta, la pequeña salió de casa y corrió hacia donde el jardinero se encontraba trabajando.

—¡Buenos días, señor jardinero! Hace calor, ¿eh? Mami me manda a preguntar si le gustaría tomarse un té frío con nosotras... ella es joven y muy bonita, ¿sabe?

No pudiendo rechazar aquella ingenua invitación, el musculoso hombre fue detrás de la niña y entró a la casa, tras lo cual se sentó a la mesa con la sensual y atractiva señora Anderson. La pequeña Cathy sirvió

té en una tercera taza que colocó sobre la mesa, y se disculpó un momento diciendo que iría por algo de azúcar. Aquellos inocentes ojos azules de la pequeña brillaron con malicia mientras observaba al invitado a través de las romanillas de la puerta. Fue en ese momento que abrió una gaveta de la despensa, y acarició la filosa hoja de una cuchilla nueva para segar...